
¿PARA QUÉ SIRVE UN FILÓSOFO?

MARÍA JOSÉ FRÁPOLLI

La pregunta que toda generación de estudiantes de filosofía plantea en algún momento es: ¿esto para qué sirve? La invitación de *Ludus Vitalis* es una oportunidad para ofrecer una respuesta sosegada y no tópica de en qué consiste ser un filósofo en la sociedad contemporánea.

¿QUÉ SIGNIFICA “SERVIR”?

La historia de la filosofía nos ha enseñado que hay preguntas cuyo intento de respuesta es siempre una estrategia perdedora. Preguntas-trampa hay de muchos tipos. Las más comunes son las que involucran una *presuposición* con la que uno no desea comprometerse. Adaptando el ejemplo de P. Grice (1989, p. 43 y p. 279), si alguien me pregunta: “¿has dejado ya de engañar a tu marido?”, tanto una respuesta positiva como una respuesta negativa me colocarían en una situación comprometida. Otro tipo diferente de pregunta-trampa es el que involucra conceptos con un significado inferencial que rechazamos. Cuenta Robert Brandom (2000/2002, p. 87) que Oscar Wilde respondió a la pregunta del fiscal, en el caso por blasfemia en el que se vio envuelto, diciendo: “señor, ‘blasfemia’, no es una de mis palabras”. Wilde respondió, en opinión de Brandom, de la única manera que le permitía salir airoso del trance. Los ejemplos de Grice y Brandom muestran que no toda pregunta tiene una respuesta simple. Cuando una cuestión no termina de zanjarse, siglo tras siglo, quizá el diagnóstico apropiado no sea tanto su supuesta profundidad sino algo mucho menos glamoroso: que simplemente está mal formulada. De este tipo es la pregunta “¿para qué sirve la filosofía?”, una pregunta cuya resolución se ha convertido en una más de las tareas del filósofo y que ha dado lugar a todo un género: la meta-filosofía. Esta pregunta, como cualquier otra, no tendrá respuesta hasta que sepamos qué andamos buscando tras ella. Preguntas aparentemente similares son “para qué sirve un tenedor” o “para qué sirve una escalera”, pero nadie discutirá que hay diferencias entre ambos tipos. En el caso del tenedor o la escalera, preguntamos por el propósito para el que fueron concebidos, por la tarea cuya realización, en principio, deben facilitar. Cuando preguntamos por la función de la filosofía esperamos una respuesta bien distinta, y esto porque el mismo término “servir” admite

Departamento de Filosofía I. Universidad de Granada, España. / frapolli@ugr.es

Ludus Vitalis, vol XXII, num. 41, 2014, pp. 353-357.

una pluralidad de significados, contextualmente modulados. La pregunta por el papel de la filosofía se parece más a preguntas del tipo “para qué sirven las matemáticas”, o “para qué sirve la química”. Y aún así hay diferencias. Las semejanzas se concretan en que, tanto en el caso de las matemáticas o la química, como en el caso de la filosofía, por lo que se pregunta es por la utilidad de un entramado de conocimientos. Las diferencias, por su lado, quedan patentes en el hecho de que los matemáticos y los químicos no dedican su tiempo a indagar acerca de su propia disciplina. Los debates acerca de la definición y la demarcación de un sistema teórico no son propios de los periodos de ciencia normal, en la terminología de Kuhn (1962), sino si acaso de los periodos de crisis y los periodos revolucionarios.

¿QUÉ ES FILOSOFÍA?

Lo que indica la actividad filosófica, de preguntarse por la actividad filosófica, es que la filosofía no está protegida por un paradigma que evite la eterna preocupación por su esencia. Bien entendida, esta situación arroja luz acerca de qué es la filosofía como actividad teórica. La atinada respuesta provocadora es que la filosofía no es nada. Con menos radicalidad aparente, lo que la respuesta significa es que no hay un núcleo de actividades, creencias, teorías, metodologías, u objetivos que sea común a la tarea que llevan a cabo todos aquellos que se dedican a la filosofía. Dicho a la manera de la filosofía tradicional, la filosofía no tiene una esencia. Dicho a la manera de la pragmática analítica de mediados del pasado siglo, entre las diversas actividades que se engloban bajo la etiqueta general de “filosofía” hay a lo sumo cierto aire de familia. Si quisiéramos responder a la pregunta de para qué sirve la filosofía en un sentido asimilable a la manera en la que se responde a la pregunta de para qué sirve la química, tendríamos que especificar de qué tipo de filosofía estamos hablando.

La respuesta universal es, no obstante, la más frecuente a lo largo de la historia. La caracterización más generalizada es la de entender la filosofía como la disciplina que se enfrenta a los grandes problemas de la humanidad. Kant, por ejemplo, supuso que todas las cuestiones filosóficas se resumen en responder a la pregunta de qué es el hombre (1800/2000, p. 92). Otras tradiciones subrayan su utilidad para la ciencia. Russell, por ejemplo, asumió que el objetivo de la filosofía era “la unidad y el sistema del cuerpo de las ciencias, y el que resulta del examen crítico del fundamento de nuestras convicciones, prejuicios y creencias” (1912, p. 75).

Blackburn, en el estilo analítico más reconocible, presenta al filósofo “como un ingeniero de conceptos”. Para Blackburn, “el filósofo estudia la estructura del pensamiento como el ingeniero estudia la estructura de los objetos materiales”.

En los últimos días, José Luis Pardo, catedrático de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, ha insistido en una caracterización de la filosofía que es sorprendentemente frecuente en ciertos círculos, la de asimilarla a un género literario e identificar al filósofo con el escritor. El escritor (...) es, explica Pardo, “el que convierte en una profesión el rebuscar entre la basura hasta encontrar esos residuos de sensibilidad —y de entendimiento— que la sociedad ha ido desechando precisamente para funcionar mejor, para profundizar en el modo empobrecido de vivir en medio de la opulencia tecnológica” (<http://redfilosofia.es/blog/2014/01/01/para-que-sirve-esta-empresa>.)

Kant, Russell, Blackburn, Pardo, todos ellos se empeñan en encontrar definiciones generales, algunas más defendibles que otras. Esta búsqueda de la uniformidad contrasta vivamente con la experiencia cotidiana de nuestros centros de trabajo, donde filósofos de la biología expertos en evolución o en vida artificial conviven con éticos, filósofos, políticos, lógicos expertos en teoría de conjuntos o en lenguajes de programación, que conviven a su vez con historiadores de la filosofía y filósofos de la mente, o con filósofos del arte, metafísicos y antropólogos. Sólo hay que echar un vistazo a los proyectos de investigación financiados cada año en nuestras instituciones para que se imponga la conclusión de que esa pretendida esencia de la filosofía sólo se obtiene al precio de la vacuidad. Para abarcar todas las tareas que en justicia reclaman el título de filosofía hay que llevar a cabo un proceso de abstracción tal que se elimina todo contenido.

Michael Williams contrapone, en *The Problems of Knowledge* (2001, p. 7 y ss.), la visión griega del filósofo como sabio que busca la vida buena con la actividad del filósofo moderno como experto. La inmensa mayoría de los filósofos contemporáneos trabaja en universidades y centros de investigación. No son sabios venerables dedicados a la contemplación; son profesionales conocedores de su campo, exactamente igual que el resto de los profesionales de esas instituciones. Aun así, seguimos pagando tributo a una imagen del filósofo que hace siglos dejó de existir y por buenas razones: en la sociedad del conocimiento nadie puede saber de todo. Los filósofos contemporáneos o son expertos o no son.

ENTONCES, ¿QUÉ HACEMOS LOS FILÓSOFOS?

Hacemos avanzar el conocimiento, exactamente igual que el resto de nuestro colegas en la universidad. Más allá de eso no hay esencia. Entender nuestra actividad exige mirar a lo que realmente hacemos. Hay filosofía que se hace en el sillón, y filosofía de campo, hay teorización filosófica *a priori* y teorización *a posteriori*. Hay análisis conceptual y explicación de fenómenos. Mucha filosofía se hace en la frontera del conocimiento, ampliando el horizonte y ofreciendo espacio al avance de la ciencia. Hoy

día filósofos de la mente, de la biología, del lenguaje, metafísicos y filósofos de la ética o la política procesan conceptos oscuros que abren nuevos caminos. Otra filosofía se dedica a entender el pasado, como hacen los historiadores. En ambos casos, nuestras hipótesis se someten al juicio de los pares. Y hay buena filosofía, mala filosofía y pseudofilosofía.

Los filósofos no tenemos una perspectiva privilegiada acerca de las grandes cuestiones de la humanidad; no podemos explicar el sentido de la vida mejor que los astrónomos, los biólogos, o los historiadores; no somos éticamente superiores a la sociedad que nos paga. Como profesionales, sabemos algunas cosas e ignoramos otras muchas. Pretender que podemos hablar de todo, del ser y la nada, nos convierte en charlatanes.

En épocas de crisis se levantan voces reivindicando un supuesto papel del filósofo como guía. Si en la antigua Grecia los filósofos quizá eran eso, nada en nuestra actividad cotidiana justifica que sigamos asumiendo ese papel. Williamson en *La filosofía de la filosofía* defiende “que la asunción común de excepcionalismo filosófico es falsa” (2007, p. 3). Tan falsa como generalizada. Todos oímos alguna vez que nuestro trabajo no puede medirse por el rasero por el que medimos el resto de la actividad intelectual, que nuestros métodos son peculiares. Escuchamos a filósofos profesionales opinar sobre asuntos que ignoran completamente como si fueran depositarios de una sabiduría que no requiere información. Y nos quejamos de la irrelevancia a la que los políticos han condenado a la filosofía.

Ser un buen filósofo es ser un buen investigador, un conocedor solvente de alguna parcela del conocimiento, un proponente de hipótesis iluminadoras que ayuden a la tarea común de mejorar el presente y el futuro. Es ser un buen trasmisor de ideas, un buen profesor, un buen escritor, un buen divulgador. Fundamentalmente un profesional honesto con el propio trabajo y respetuoso con el trabajo de los demás. ¿Qué nos hace diferentes del resto de nuestros colegas? Nada, excepto que nos dedicamos a asuntos que todavía se engloban bajo la etiqueta “filosofía”.

Quiero agradecer a Francesc Camós, a Manuel de Pinedo y a Neftalí Villanueva.

REFERENCIAS

- Blackburn, S. (1999), *Thinking. A Compelling Introduction to Philosophy*. Oxford: Oxford University Press.
- Brandom, R. (2000/2002), *La articulación de las razones. Una introducción al inferencialismo*. México: Siglo XXI.
- Grice, P. (1989), *Studies in the Ways of Words*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Kant, I. (1800/2000), *Logic. Ein Handbuch zur Vorlesungen*. Google eBook. (Edición castellana, Akal ediciones).
- Kuhn, Th. S. (1962/1975), *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Russell, B. (1912/2010), *The Problems of Philosophy*. Hazen Press (www.murciaeduca.es/iesfloridablanca/aula/archivos/repositorio/0/147/Los_problemas_de_la_filosofia_B_Russell2.pdf)
- Williams, M. (2001), *The Problems of Knowledge. A Critical Introduction to Philosophy*. Oxford: Oxford University Press.
- Williamson, T. (2007), *The Philosophy of Philosophy*. Blackwell Publishing Co.